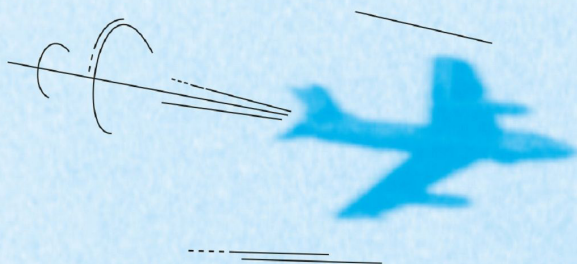


Juan Pablo Meneses

UNA HISTORIA PERDIDA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

JUAN PABLO MENESES
UNA HISTORIA PERDIDA

TUSQUETS
EDITORES

Parte I

El bombardeo de Santiago

Todos los hechos que vienen a continuación son reales y, aun así, este libro es una novela. La razón de esto se irá viendo más adelante, porque ahora mismo hay un ruido monstruoso de aviones de guerra volando muy bajo y que hace temblar los vidrios de la casa. Parece que el techo se fuera a partir por la mitad, y también el jardín, y la calle angosta. El motor del Hawker Hunter volando a baja altura brama como un dragón herido. El niño mira todo por la ventana. Afuera de la casa, su padre conversa con algunos vecinos del pasaje mientras miran al cielo, como tratando de reconocer a estos pajarracos metálicos. Parece un evento único, y más lúdico que terrorífico.

El pequeño, que apenas cumplió los cuatro años y todos llaman Pablo, quiere salir a ver las acrobacias aéreas junto a los adultos. Camina hacia la puerta de calle, que da a un pequeño antejardín, que da al pasaje. Su madre, que está en la puerta de la cocina y lo alcanza a ver, le grita: *No salgas a la calle, te va a caer una bomba!* Y aunque tiene pocos años y nunca ha vivido en una guerra, la frase le parece particularmente desafiante y va por el objetivo inverso: ahora el niño corre hasta la puerta con más ganas. Agarra la manilla, que está a la altura de sus ojos, y antes de comenzar a girarla el ruido de los aviones se hace más fuerte. Entreabrió la puerta.

Se asomó lento, asustado, ya casi, cuando en eso cae la bomba. ¡Boooooom! El suelo se mueve de un lado a otro. Él trata de mantenerse en pie como si fuera un juego de equilibrio, pero pierde y cae sentado. Todo retumba tan fuerte que apenas se escuchan los gritos de los vecinos. Una de las ventanas no resiste el estruendo y estalla en tantos pedazos. El living se llena de dagas transparentes, de todos los tamaños. Pablo, rodeado de cristales afilados, gira la vista buscando a su madre, que sigue en la puerta de la cocina: está con la cara blanca, tiesa, asustada por lo que está viviendo el país, lo que *ellos* están viviendo. También por descubrir la certeza de su predicción. El niño se levanta con la dificultad con que se levantan los niños a esa edad y corre a abrazar a su madre. Lloro agarrado a sus piernas, cubiertas por una falda café; un avión acaba de lanzar un misil a dos cuadras de la casa, y a él le dijeron que no abriera la puerta de calle.

El ruido de esos aviones, la amenaza cumplida de la madre y su barrio bombardeado son el primer recuerdo que Pablo tiene. Ha intentado por años que sea otro, uno distinto, pero todas las imágenes que consigue son posteriores a ese día de los Hawker Hunter. No tiene un registro tan certero, claro y dramático que sea previo al 11 de septiembre de 1973.

El día que marcó la historia del país, en que fue derrocado el gobierno de la Unidad Popular, que murió Salvador Allende y que tomó el poder la Junta Militar encabezada por Augusto Pinochet; cuando inició una dictadura larga y oscura; ese mismo día comenzó a funcionar su memoria. Hasta la muerte de su madre, cuarenta y tres años después del bombazo, él solía repetir la anécdota con esa gracia del comediante que cuenta su mejor historia una y otra vez.

Llevaba más de quince años viviendo fuera de Chile, con vueltas muy esporádicas, y había descubierto que aquel rela-

to lo devolvía de inmediato al lugar de origen y a su familia. Podía estar muy bien en otro país, casi olvidar de dónde venía, sentirse a salvo de todo lo que le molestaba del lugar donde nació, pero apenas contaba este *cuento real* de su protagonismo, regresaba al punto de partida.

Los años siguientes, para su familia, pasaron con los altibajos de una costumbre. De hecho, sus padres nunca se mudaron de barrio, ni de casa, ni de habitación. Es probable que por esta inmovilidad Pablo haya intentado hacer de su vida todo lo contrario: nunca tener una residencia fija. No acumular objetos materiales y no alargar artificialmente sus relaciones de pareja, para andar más liviano. Un plan simple, modesto pero efectivo: estar en la ruta, viajar y dormir en hoteles, como un fóbico, como un alérgico al hogar y la rutina.

Cada vez que volvía a su país visitaba la casa de sus padres, pero no se quedaba a dormir. Era como para comprobar que seguían ahí, sin moverse, siguiendo paso a paso su hábito eterno.

Uno de los grandes cambios en la vida de sus padres fue cambiar la ventana que estalló por el bombazo, cuando cayeron los *rockets*. Ese vidrio que explotó al lado de Pablo fue reemplazado por uno nuevo, que no se acoplaba bien al molde. Aquel error casi imperceptible a él le resultaba clave: no encajaba bien porque no era el original; porque el original había explotado con el bombazo. Había algo físico, concreto, una muestra palpable de que lo sucedido aquel día era cierto.

Tarde o temprano le tocaba recrear la historia: su madre asiente atenta mientras él imita el ruido de los bombarderos tan cerca, el niño que quiere salir a ver los aviones, la madre gritándole que no lo haga o le caerá una bomba... entonces él abre la puerta, pero no alcanza a abrirla por completo, ¡porque cae el misil! El suelo retumba, la ventana explota —se puede

ver cómo el vidrio de reemplazo no encaja en el marco—, y Pablo, de cuatro años, pierde el equilibrio y cae al suelo.

Una noche de insomnio, haciendo cálculos inútiles para quedarse dormido, sacó la cuenta de que aquella historia la había contado en al menos tres continentes, en más de siete países y en unas quince ciudades distintas. El episodio se había transformado en un buen gancho cuando quería impresionar a alguien. Si lo contaba en el hemisferio norte sentía que lo veían como a un niño de la guerra. Si lo contaba en el hemisferio sur, muchas veces le respondían con otra anécdota, tanto o más violenta, y siempre con la vida en peligro. Con el tiempo había comenzado a cambiar los énfasis dependiendo de en qué lugar estaba, en una suerte de narración modular: según las reacciones de quien tuviera enfrente, iba adaptando la historia como se ajusta una prótesis.

Una tarde, Internet le recordó el momento exacto en que contó la historia por primera vez en público: una foto del 18 de mayo de 2010, en el Instituto Cervantes de Lisboa. En ese tiempo él ya era un cronista latinoamericano relativamente conocido, menos de lo que él esperaba, pero más de lo que lograron sus compañeros de la sala de redacción que dejó al irse del país. Nunca se hacía llamar a sí mismo *cronista latinoamericano*, pero así se referían a él en algunas entrevistas, y así lo presentaron en ese viaje a España y Portugal, donde formaba parte de una comitiva compuesta por una novelista chilena, una cuentista chilena, un poeta chileno, un dramaturgo chileno y un cronista latinoamericano.

Antes de llegar a Lisboa la comitiva había estado participando en coloquios en la Complutense de Madrid y en un conversatorio en Casa de América. Él, además, había tenido una actividad individual: aprovechando que estaba en Madrid, fue invitado a presentar la edición española de su libro de crónicas de hoteles en la Librería Iberoamericana. La gira

contemplaba que después de la estancia en Portugal el grupo volvería unos días a España para cerrar el recorrido en la Cátedra Chile de la Universidad de Salamanca. En Lisboa se quedaron en la residencia del embajador, donde también se estaba hospedando Ángel Parra, el hijo de Violeta, que andaba visitando al cineasta chileno Raúl Ruiz, internado y recién operado. Le habían trasplantado un hígado en la misma ciudad donde la delegación se emborrachaba todos los días.

El día de la presentación en el Cervantes pasaron la mañana dando algunas entrevistas a radios y periódicos lisboetas. Almorzaron algo liviano, les dieron la tarde libre y a las 7 p.m. llegaron al edificio de la presentación. Subieron al escenario, se sentaron en la mesa y probaron los micrófonos, y tomaron agua y saludaron. El auditorio estaba mucho más vacío que lleno. La idea era hablar del trabajo que cada uno estaba haciendo, de proyectos futuros, de la literatura chilena y, al final, responder las preguntas del público. En esta última fracción, el primero que pidió la palabra fue un tipo con acento argentino, pelo totalmente blanco y corbata celeste (posiblemente funcionario de la embajada argentina invitado por el embajador chileno en Portugal). El tipo saludó a la delegación, elogió la iniciativa y dijo que quería lanzar una pregunta general, a todos, al que quisiera responder, acerca de cómo había afectado la dictadura de Pinochet a esta generación de autores. Si es que la afectó en algo, agregó, cerrando con una sonrisa chueca a la que le faltó el cigarrillo.

La primera que respondió fue la novelista chilena, agradeciendo la pregunta y enfocando su respuesta en que se han escrito muchas novelas, y que se continuarán escribiendo, porque el tema era inagotable, aunque lo dijo con cara de que era inabordable. Luego fue el turno del dramaturgo chileno, más locuaz. Habló de militares asquerosos, recordó torturas con ratones dentro de vaginas y leyó un breve ex-

tracto de una obra que estaba escribiendo, el monólogo de un torturador que era interrumpido por insultos de una voz en off. Luego el poeta chileno leyó un poema sobre la dictadura; dijo que lo había escrito en el avión de Madrid y Lisboa, aunque lo había estado corrigiendo mientras hablaba la novelista chilena.

Cuando llegó el turno del cronista latinoamericano, Pablo saludó a los asistentes, tomó un sorbo del vaso de agua y dijo que a él la dictadura lo había afectado directamente. Después de decir la palabra *directamente*, bebió otro sorbo. Y cuando sintió que todos lo estaban escuchando, incluyendo sus compañeros de mesa, relató con vasta descripción y muy detenidamente su historia del bombardeo a la ciudad de Santiago: la madre, la puerta, la bomba, los vidrios rotos, el avión, su memoria.

Terminada la presentación, volvieron a la embajada caminando. En un momento se le acercó la novelista chilena para comentarle que se había emocionado mucho con su relato, porque ella, de niña, también vivía por ahí. De hecho, ahora que lo había escuchado, parecía habersele activado la remembranza de que a ella le sucedió algo muy similar. Si no lo mismo. Y le siguió preguntando detalles de su experiencia, punto por punto, como si él fuera un manual para recordar, y quizás un instructivo para escribir sobre niños y bombarderos.